

6.

1^{er} apte N.º 6

CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS. *L. 1/6*

LAGARTIJO Y FRASCUELO!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. RAMON DE MARSAL.

Representada por primera vez
con extraordinario éxito en Madrid en el TEATRO DEL RECREO
la noche del 24 de Enero de 1872,



Para

MADRID.

OFICINAS: PLAZA DE LA LEÑA, 9, PRINCIPAL.

1874.

COMISSÃO DIRECTIVA DO INSTITUTO

INSTITUTO V. ERASMO

COMISSÃO DIRECTIVA DO INSTITUTO

INSTITUTO

D. RAMON DE MARSA

COMISSÃO DIRECTIVA DO INSTITUTO

COMISSÃO DIRECTIVA DO INSTITUTO

COMISSÃO DIRECTIVA DO INSTITUTO



MARIA

INSTITUTO DE LA LEY DE LA LEY

1872

¡LAGARTIJO Y FRASCUELO!

Riara:

LAGARTIJO Y FRASCUELO

4

LAGARTIJO Y FRASCUELO!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. RAMON DE MARSAL.

Representada por primera vez
con extraordinario éxito en Madrid en el TEATRO DEL RECREO
la noche del 24 de Enero de 1872.

*Al Sr. D. Manuel Rodriguez
su amigo,*

Ramon de Marsal

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MANUEL MARTINEZ,

CALLE DE LAVAPIÉS, NÚM. 17, BAJO.

1874.



REPARTO.

PERSONAJES.

ACTORES.

<i>Juan Baya</i>	CLOTILDE..	D. ^a DOLORES LIRON.
<i>Perez-</i>	ADELA..	» MATILDE SERRANO.
<i>Juan Martin</i>	RAFAEL	D. FRANCISCO LOPEZ.
<i>Perez</i>	PACO.	» EDUARDO PEREZ.
<i>Castellano</i>	TRINITARIO..	» SALVADOR CARRERAS.
<i>Arroyu</i>	DON OBON.	» NATALIO JURDAO.
	TORIBIO.	» JOSÉ BANOVIÓ.

La acción pasa en Madrid en 1871.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados del Centro Directivo de Teatros son exclusivamente encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL DISTINGUIDO NOVELISTA

Y AUTOR DRAMÁTICO

D. ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

Al dedicarle esta producción, conozco que sus páginas no encierran otro mérito que el que les presta el ilustre nombre del autor de «El Mártir del Gólgota» y de «El Cura de Aldea.»

Permítame V. que le coloque al frente de ella como su mejor escudo, y admita tan humilde dedicatoria, no por lo que ella vale, sino como una pequeña, aunque expresiva muestra, del afecto que le profesa su paisano y amigo

El Autor.

1^{er} ap^{te} F. Riaza

ACTO UNICO.

El Teatro representa una sala lujosamente amueblada con puerta al foro, dos á la izquierda, una á la derecha en segundo término y en el primero un balcon con puertas vidrieras y colgaduras; junto á este una mesa-escritorio con una lámpara elegante, escribanía de plata, timbre, libros, periódicos, papeles, etc., etc. A la izquierda, en primer término, un velador con un album de retratos y varias acuarelas, al lado una butaca. A la derecha de la puerta del foro una chimenea con sus útiles correspondientes, y sobre ella un gran espejo, reló y dos candelabros dorados con bujías: á la izquierda un piano y papeles de música.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece RAFAEL mirando, al reló por la primera puerta izquierda.

RAFAEL

¡Cáspita, son más de las nueve! Vaya un modo de dormir cuando... ¿En qué habré estado pensando ese imbécil de Toribio que no me ha llamado temprano como le previne anoche? *(Llamando.)* ¡Toribio!—Solo faltaba que Felisa me hubiese mandado alguna carta y la tuviera mi mujer. ¿Estará serdo ese posma? *(Llamando.)* ¡Toribio!—Con qué gracia y disimulo burlo anoche la vigilancia del antídiluviano al darme su retrato... *(Sacando un retrato de targeta.)* Aquí está. ¡Qué bonita es, qué gracia, qué

contornos tan!... ¿Pero ese condenado donde estará. (*Llamando.*) ¿Toribio?

ESCENA II.

RAFAEL y TORIBIO (*por el foro derecha andando muy despacio.*)

TORIBIO. Allá voy á escape.
RAFAEL. (*Al público.*) Hagan ustedes el favor de apartarse un poco, que viene á escape.
TORIBIO. ¿Qué quería usted?
RAFAEL. ¿No me has oído?
TORIBIO. Sí señor; tres veces.
RAFAEL. ¿Y por qué no has venido en seguida?
TORIBIO. ¡Si he venido volando!
RAFAEL. Este hombre es de plomo.
TORIBIO. (*Ya empieza á sacarme motes.*)
RAFAEL. ¿No te dije anoche que me llamaras hoy temprano?
TORIBIO. Sí señor.
RAFAEL. ¿Y por que no lo has hecho?
TORIBIO. ¡Toma! como usted suele levantarse á las once, yo dije, le despertaré á las diez y media y quedo cumplido.
RAFAEL. Vamos, es un poste.
TORIBIO. (*Y dale con los motecitos.*)
RAFAEL. Dí, ¿ha venido alguno á buscarme?
TORIBIO. No señor: solo ha estado el jitano á esquilarse á Holofernes y el aguador.
RAFAEL. (*Respiro.*) Está bien, vete.
TORIBIO. Corriendo. (*Se va muy despacio por el foro derecha.*)

ESCENA III.

RAFAEL.

(*Viendo marchar á Toribio.*) ¡Miren ustedes como corre! Positivamente este hombre es el antitesis de la actividad. (*Mirando el reloj.*) Las nueve y veinte. Me extraña que Felisa no me haya mandado aviso de si ha marchado su mastodonte. Charco sería que

el viejo hubiese cambiado de parecer. ¡Ay, en qué lios se meta el hombre cuando hay falda de por medio;... ¡Qué felices son los turcos! Ellos pueden tener cuantas mujeres les plazca sin necesidad de andar con tapujos ni rodeos; lo que es en ese punto se me figura que están más adelantados que nosotros.

ESCENA IV.

RAFAEL, y PACO (*cantando por el foro derecha.*)

- PACO. (1) Vamos á los toros,
vamos sin tardar....
Adios, Rafael.
- RAFAEL. Adios, chico. ¿Has visto á tu Frascuelo?
PACO. No; he estado en su casa y me ha dicho doña Susana que habia salido á recoger unas botas.
- RAFAEL. Habrá ido por las botitas verdes para el (*Potosi-submarino.*)
- PACO. Puede que sea cierto. ¡Dichosas botas y qué caras son!
- RAFAEL. Dimelo á mi que pagué las de aquella anteayer: mira, (*Sacando un papel del cajon de la mesa.*) Aquí tienes el recibo. Ciento sesenta reales.
- PACO. Pero, chico, rompe esa cuenta. Si tu mujer dá con ella, vá haber la de San Quintín.
- RAFAEL. ¡Cá, no lo creas! Mi mujer me tiene por el hombre más virtuoso del gremio de los maridos.
- PACO. Dichoso tú, yo no puedo decir otro tanto de la mia.
- RAFAEL. ¡Jál! ¡jál! ¡jál!.... Es verdad.
- PACO. Riete, riete y vive confiado, pero el día que nuestaas mitades descubran nuestros belenes, tú, tu Largartijito, mi Frascuelo y yo, nos quedamos sin ojos.
- RAFAEL. ¡Jál! ¡jál! ¡jál!.... ¡Estaria gracioso ver á dos banderilleros de Pepe-Hillo sin ojos! Chi-

(1) (*Pepe-Hillo.*)

- co, veo que te vas haciendo muy pusilánime....
- PAGO. Sí, ¿eh?
- RAFAEL. Muy meticuloso. ¡Jál! ¡jál! ¡já... — ¡Ah!, hombre no me acordaba, mira. (*Sacando el retrato.*)
- PAGO. Bien está!
- RAFAEL. No le falta más que hablar.
- PAGO. (*Mirándolo por el reverso.*) Y con su correspondiente dedicatoria. (*Leyéndola.*) «A mi querido Rafael Iturbe, en prueba del entrañable cariño que le tiene y profesará asta la tumba, su Lagartijo.»
- RAFAEL. ¡Qué amor, ¡qué pasión!
- PAGO. ¿Has reparado en esto?
- RAFAEL. ¿Qué?
- PAGO. Te ha puesto hasta sin h. ¡Jál! ¡jál! ¡jál...
- RAFAEL. Ya lo he notado, pero eso se le debe dispensar; la mayor parte de las mujeres suprimen esa letra.
- PAGO. ¿Y cuándo te lo ha dado?
- RAFAEL. Anoche. Llegué al Circo cuando concluía el primer acto, y según costumbre me subí al escenario. (*Deja la cuenta y el retrato encima de la mesa.*)
- PAGO. ¿Para hacer más llevadero el intermedio?
- RAFAEL. Eso es. Entro y me encuentro con tu Hortensia....
- PAGO. ¿Con mi Frascuelo?
- RAFAEL. Sí, que me dice: Felisa tiene una cosa para usted, esté usted alerta: se ha dejado la capa en el cuarto para tener un modo de ahuyentar al viejo si usted llegaba antes de empezar el acto; ahora le dirá que vaya por ella y mientras sube Don Obon puede usted hablarla.
- PAGO. ¿Y qué pasó?
- RAFAEL. Apenas desapareció el dromedario por aquellas escaleras, refunfunando y maldiciendo los descuidos, me acerqué á ella muy serio.
- PAGO. ¡Sério!
- RAFAEL. Sí, porque anteanoche me dió una cita para ayer por la tarde, á la cual no acudí.
- PAGO. ¿Habría su poquito de riña?
- RAFAEL. Esa era mi idea; pero, chico, es imposible reñir con ella. Apenas me tuvo á su lado me dirigió una mirada tan tierna, que no

- digo á mi, sino á todo el ejército prusi- no
hubiera desarmado. Entonces me dijo que
no habia podido acudir al punto convenido
porque el viejo se pasó toda la tarde en su
casa arreglando unos papelotes, y sacando
del pecho su retrato, añadió con aquella
vocecita de ángel: «Toma, para que veas
que nunca me olvidó de tí.»
- PACO. ¿No te dijo nada de nuestro viaje?
- RAFAEL. Sí; que ya tenían el permiso del empresa-
rio dispensándolas su asistencia al teatro
por tres dias.
- PACO. Ya lo sé. Me lo dijo ayer mi Frascuelillo
cuando fui á almorzar con ella.
- RAFAEL. Lo que me extraña es que me prometió que
hoy, apenas partiera el estantigua, me
mandaría una cartita, y aun no ha parecido.
- PACO. Chasco sería que Don Obon hubiera sus-
pendido su viaje.
- RAFAEL. Y entonces ¿qué íbamos á decir á nuestras
costillas despues que las hemos hecho creer
que nos vsmos á Aranjuez tres ó cuatro
dias á arreglar unos negocios.
- PACO. No lo sé.
- RAFAEL. ¿Vamos á pasar por su casa?
- PACO. ¿Y si no ha marchado el viejo?
- RAFAEL. Preguntaremos á la pertera (*Van a tomar
los sombreros.*)

ESCENA V.

DICHOS y CLOTILDE (*por el foro izquierda.*)

- CLOTILDE. Muy buenos dias.
- PACO. (*Aparte á Rafael.*) Tu mujer.
- RAFAEL. ¡Ola, Clotilde! (*abrazándola.*)
- PACO. Adios, prima. (*Dándole la mano.*)
- CLOTILDE. Adios, Paco. ¿Y tu Adria?
- PACO. Buena.
- RAFAEL. ¿Has descansado, hija mia?
- CLOTILDE. Sí, ¿y tú?
- RAFAEL. No mucho.
- CLOTILDE. Ya lo creo, viniste á casa á las tres...
- RAFAEL. No, hija, te equivocas; aún no eran las dos.
¿Es verdad, Paco?

- PACO. Sí, aún no eran las dos. (Habían dado las tres y cuarto.)
- CLOTILDE. No, no te oí perfectamente cuando entraste y sé que eran más de las tres. Ya sabes que no estando tú en casa me es imposible conciliar el sueño.
- RAFAEL. ¡Pues cómo se nos pasó el tiempo!
- PACO. Eso digo yo.
- CLOTILDE. No sé que gusto teneis en estar por ahí hasta tan tarde.
- RAFAEL. Anoche fué una casualidad; teníamos que ver al ministro para que nos diera algunos datos sobre los asuntos que tenemos que hacer en Aranjuez, y hablando, hablando.... se nos pasó la hora. Que lo diga Paco.
- PACO. Cierto. (¡Qué manera de mentir! estuvo hablando en el Casino.)
- CLOTILDE. (Con sentimiento.) ¿Y por fin os vais esta tarde?
- RAFAEL. Te diré: ahora vamos á ver si ha desaparecido un... un pequeño inconveniente... que había en... en.....
- PACO. (Con rapidez.) En unas escrituras.
- RAFAEL. Eso es.
- CLOTILDE. ¡Escrituras!
- RAFAEL. Sí, de bienes de propios.
- PACO. (Y de extraños.)
- CLOTILDE. No comprendo.....
- PACO. Todo te se ha de decir.
- RAFAEL. Eso, todo se le ha de decir.
- CLOTILDE. Pero si yo....
- RAFAEL. Son las escrituras de dos casas....
- PACO. Sí, dos casas de campo....
- RAFAEL. (Aturdiéndose.) Que este y yo.....
- PACO. ¡Pues! que este y yo..... (Ya no sé qué decir.)
- RAFAEL. Queremos comprar.
- PACO. (¡Gran Dios, que lío!)
- RAFAEL. (Con resolución.) Una para Adela y otra para tí, para ir á pasar allí el verano.
- CLOTILDE. (Saltando de alegría.) ¿De veras?
- RAFAEL. Que lo diga Paco.
- PACO. ¡Ciertísimo!
- CLOTILDE. ¿Y mi prima lo sabe?
- PACO. No.
- RAFAEL. Ten cuidado de decirla ni una sola palabra.
- CLOTILDE. ¿Por qué?
- PACO. (Con misterio.) No, no la digas nada.

- RAFAEL. Quiere este sorprenderla cuando lleguen los calores.
- PACO. Eso es.
- CLOTILDE. ¡Que bien lo pasaríamos allí los cuatro en medio de aquellos jardines!....
- PACO. ¡Divinament!
- CLOTILDE. (*Con entusiasmo*) Aspirando las frescas brisas....
- RAFAEL. (*Imitándola*) Y oyendo el mu-mullo del Tajo...
- PACO. (*Aparte á Rafael*) En ese nos van á echar de cabeza como descubran el pestel.
- RAFAEL. Vaya, adios, Clotildita.
- PACO. (*Impaciente*) Sí, sí, vámonos.
- CLOTILDE. ¿Vais á ver al ministro?
- PACO. Justamente.
- CLOTILDE. (*Arreglándole la corbata con mucho mimo*) Dime, Rafael...., ¿y no podría yo ir contigo?....
- PACO. (*Jesucristo, que tormenta se vá á armar!*)
- RAFAEL. Mujer, ¡estás loca!
- CLOTILDE. Lo digo por no quedarme aquí sola.
- RAFAEL. ¡Cómo sola! Ya te he dicho que Adela vendrá á estar contigo mientras nosotros estemos fuera. ¿No es así, Paco?
- PACO. Claro está.
- CLOTILDE. Siento tanto separarme de tí...
- RAFAEL. No son más que dos ó tres días.
- CLOTILDE. (*Con sentimiento*) Sin embargo....
- RAFAEL. También despues, si arreglamos el negocio, te gustará disfrutar de los jardines y las brisas y....
- PACO. (*Interponiéndose entre las dos*) Hombre, no se lo digas tantas veces, sino luego no tendrá ninguna ilusion.
- RAFAEL. Es verdad.
- PACO. Ea, vámonos, que es tarde. Adios, querida prima.
- CLOTILDE. Adios. Espresiones á Adela.
- PACO. Gracias.
- RAFAEL. (*Abrazándola*) Hasta despues, hijita.
- CLOTILDE. Que no tardes.
- RAFAEL. Pronto estaré de vuelta. (*Se vá por el foro derecha*.)

ESCENA VI.

CLOTILDE.

¡Qué bueno es y cuánto me ama! Segura estoy que no habrá ninguna mujer que logre arrebatarme su cariño; su mayor afán está en satisfacer todos mis deseos. No, todos no. Solo dos cosas no he podido lograr: que me lleve á los Bufos y que deje de ir al Casino por las noches. Yo no sé por qué á las mujeres se nos han de negar ciertas cosas. Vamos á ver; ¿qué dirían los hombres si nosotras tuviéramos nuestro Casino y fuéramos á casa á las dos ó las tres de la madrugada? ¡Ay, no quiero pensarlo! Cuando habrá un Gobierno que prohíba á los hombres casados estar fuera de sus casas una vez dadas las nueve, exceptuando si están con sus señoras en el teatro, en el café, ó dando un paseo! Desgraciadamente ellos son los encargados de hacer las leyes y no se ocuparán nunca de tomar una medida tan radical. (Llamando.) ¿Toribio? ¡Jesús cuanto polvo tienen estos muebles! (Llamando.) ¿Toribio! Todavía está la lámpara sobre la mesa y los libros y periódicos todo revuelto. (Llamando.) ¿Toribio!

ESCENA VII.

CLOTILDE, TORIBIO, (por el foro derecha.)

- TORIBIO. (Andando muy despacio.) Voy como un rayo!
- CLOTILDE. Como un plomo, debía usted decir.
- TORIBIO. ¡Si he venido volando!
- CLOTILDE. A ver si arregla usted esa mesa y limpia los muebles.
- TORIBIO. No lo he hecho antes porque estaba haciéndole el tocador á Holofernes.
- CLOTILDE. ¡Cómo el tocador!
- TORIBIO. Si señora; como esta mañana le han esquilado, me he entretenido en lavarle y peinarle las lanas.

CLOTILDE. Antes que el perro es arreglar la sala.
TORIBIO. Voy á escape por el plumero.
CLOTILDE. A ver si tarda usted una hora.
TORIBIO. (*Marchando hácid el foro muy despacio.*) No señora; mire usted como voy.

ESCENA VIII.

DIOS y TRINITARIO *muy descompuesto por el foro derecha.*)

TRINITARIO. (*Mirando hácia dentro.*) ¡Pajarillas, ese hombre me persigue! (*Entra corriendo y derriba á Toribio que estará junto á la puerta.*)

TORIBIO. ¡Animal!

CLOTILDE. (*Asustada.*) ¡Caballero!

TRINITARIO. ¡Socórrame usted, señora, socórrame usted.

CLOTILDE. ¡Qué significa..!

TORIBIO. (*Enarbolando una silla.*) ¿Quiere usted que lo mate?

TRINITARIO. (*Dando un brinco.*) ¡Pajarillas, no!

CLOTILDE. ¿Podrá usted explicarme..?

TRINITARIO. Despues se lo explicaré á usted todo. Ahora sea usted mi protectora y escóndame aunque sea dentro de la tenaja del agua.

TORIBIO. (*¡Si será algun escapado de los Comunes de de Paris!*)

CLOTILDE. Pero... ¿por qué?

TRINITARIO. Un hombre, un antropófago me persigue y quiere comerme vivo.

TORIBIO. ¡San Caralampio, que bruto!

CLOTILDE. ¡Dios mio! Vaya usted, Toribio, y no le deje usted entrar aquí.

TORIBIO. Voy disparado á soltarle á Holoformes. (*Vase por el foro derecha.*)

TRINITARIO. ¡Ay, si; vaya usted y suéltele ese caballero por las sandalias de San Crispin!

ESCENA IX.

CLOTILDE y TRINITARIO.

TRINITARIO. (*Tambaleándose.*) No sé lo que siento..

CLOTILDE. (*Dándole una silla.*) Tome usted una silla, sino va usted á caerse.

- TRINITARIO. (*Sentándose.*) ¡Ay, señora, tengo un sistema nervioso tan susceptible!..
- CLOTILDE. Vamos, tranquilícese usted y dígame por qué le perseguían.
- TRINITARIO. ¿Usted quiere saber?...—¡Ay, siento un desastre!...
- CLOTILDE. (Dios mío, qué idea; si será algún *Internacional!* (*Temblando.*) Caballero.... caballero.... dígame usted la verdad: ¿es usted de la *Internacional?*)
- TRINITARIO. No señora, soy de Getafe.
- DON OBON. (*Dentro.*) Si no está le esperaré.
- TRINITARIO. (*Saltando de la silla y corriendo en varias direcciones.*) ¡Pajarillas, ya está ahí!
- CLOTILDE. ¡Quién!
- TORIBIO. (*Dentro.*) Le he dicho a usted que no se pasa.
- DON OBON. (*Dentro.*) ¿Cómo que no?
- TRINITARIO. (*Temblando.*) (*Miserere mei. Deus, secundum magnam misericordiam tuam.*)
- CLOTILDE. Salga usted.
- TRINITARIO. Por Dios, señora, escóndame usted, en cualquier parte. (*Cogiéndola del vestido y queriendo ocultarse detrás de ella.*)
- CLOTILDE. (*Huyendo.*) ¡Ay, que hace usted!
- TORIBIO. (*Dentro.*) ¡Caballero!
- DON OBON. (*Dentro.*) ¡Toma! (*Se oye ruido de un botón.*)
- TORIBIO. (*Dentro.*) ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Quejándose.*)
- TRINITARIO. ¡Pajarillas, por aquí! (*Entra corriendo por la segunda puerta izquierda.*)

ESCENA X.

DICHOS, DON OBON y TORIBIO; (*este cogiendo, con una mano puesta sobre la mejilla derecha y la otra en la nalga izquierda, por el foro derecha*)

- DON OBON. Le he de ver aunque lo escondan las entrañas de la tierra.
- CLOTILDE. ¡Caballero!...
- DON OBON. A los pies de usted, señora.
- TORIBIO. ¡Ay, me ha descompuesto por arriba y por abajo!

- CLOTILDE. ¡Me estraña mucho que entre usted de ese modo en mi casa!
- DON OBON. ¡En su casa? ¡Me alegro!
- CLOTILDE. No comprendo...
- DON OBON. Va usted á comprenderlo enseguida.
- TORIBIO. (*Aparte á Clotilde.*) ¿Quiere usted que llame á unos cuantos de policía?
- CLOTILDE. No.
- DON OBON. (*Sacando un paquete de cartas y leyendo la firma de una de ellas.*) ¿Conoce usted á don Rafael Iturbe?
- CLOTILDE. Soy su esposa.
- DON OBON. Pues á su señor marido es á quien busco.
- CLOTILDE. ¿Para qué?
- DON OBON. ¡Cómo para qué! Para insultarle, para destrozarle, para pulverizarle.
- TORIBIO. (*Huyendo.*) ¡Zambomba!
- CLOTILDE. ¿Quién es usted, caballero?
- DON OBON. Soy Don Obon Peñon de Aldabon...
- TORIBIO. (Como un idem tiene los puños y la punta del pié.)
- DON OBON. Ex-comandante del presidio de Ceuta.
- CLOTILDE. Muy señor mio.
- DON OBON. Gracias.
- CLOTILDE. Déjenos usted, Toribio.
- TORIBIO. Pero señora...
- CLOTILDE. Váyase usted.
- TORIBIO. Pero...
- DON OBON. Corra usted. (*Con ademan imperioso.*)
- TORIBIO. Ahora si que corro. (*Sale corriendo y mirando hácia atrás, por el foro derecho.*)

ESCENA XI.

CLOTILDE y DON OBON.

- CLOTILDE. (No acierto á comprender...) Ya que estamos solos, le suplico que me diga cuales son los motivos que tiene para buscar así á mi marido.
- DON OBON. Su esposo es un canalla.
- CLOTILDE. ¡Señor mio!
- DON OBON. Un miserable que la está á usted engañando como á un chino, é insultando cobardemente á un caballero; á mí, á todo un

- descendiente de los Peñones y Aldabones.
- CLOTILDE. ¡Rafael engañarme! .. ¡Oh, eso es imposible!
- DON OBON. ¿Quiere usted pruebas?
- CLOTILDE. ¿Dónde están?
- DON OBON. (*Dándole una de las cartas del paquete.*) Lea usted.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Idolatrada Felisa,» — ¡Dices mí!
- DON OBON. Lea usted.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Mañana por la tarde cuando acabe de comer el dromedario»...
- DON OBON. Ese soy yo.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Y se vaya á tomar café al Suizo, te espero en el sitio convenido.» — ¡Infame! — «Si no saliera de casa el mastodonte»...
- DON OBON. Ya estoy otra vez en danza.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Mándame cuatro letras con la criada: no se te olvide firmarte, el Lagartijo. Le doy esta carta á Hortensia, para evitar que el estantigua nos sorprenda. Adiós, pichoncita mía; piensa mucho en mí, y recibe un fuerte abrazo de tu Rafael.» (*Furiosa.*) ¡Ah, traidor fementido!
- DON OBON. Llamarme estantigua, dromedario y mastodonte! (*Agitando el bastón.*)
- CLOTILDE. ¡Y yo que le creía un modelo de maridos!
- DON OBON. (*Dándole otra carta.*) Lea usted esta.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Tortolita mía.» — ¡Oh!
- DON OBON. No tendrá mala tortolita; como á un pavo le he de asar.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Cuando quieras puedes ir á recoger las botitas verdes.» — Si estuviera aquí le saltaba los ojos. — «Ya están pagadas. A la noche subiré al escenario como de costumbre. Si está el mastin...»
- DON OBON. Escuso decir á usted que el mastin soy yo.
- CLOTILDE. (*Leyendo.*) «Si está el mastin y no nos podemos hablar, mañana te espero donde sabes. No se te olvide dedicarme una *verónica*. Tuyo siempre, Rafael.»
- DON OBON. La *puntilla* es la que yo le voy á dar.
- CLOTILDE. ¡Uua verónical...
- DON OBON. Ya lo vé usted.
- CLOTILDE. ¡Otra mujer; qué monstruo!
- DON OBON. ¡Cal! No señora. Es una de las suertes de capa que ejecutan los toreros en la lidia: más como la pichoncita Felisa es una de las que salen de banderilleros en la zarzue-

- la *Pepe-Hillo*, donde se simulan algunas y esa es precisamente una de ellas, le pide que se la dedique.
- CLOTILDE. ¡Que horror, una *suripanta*! Por eso siempre se ha opuesto á que yo fuera á los Bufos. ¿Pero quién es esa mujer?
- DON OBON. Una harpia á la cual he estado sirviendo de juguete hasta hoy que se ha descubierto el enredo. Pero no es eso solamente.
- CLOTILDE. Acabe usted por Dios.
- DON OBON. Usted no sabe todavía más que el prólogo de esta trama inicua. La señorita Lagartijo, la amiga que le daba las cartas, su señor esposo y otro caballero, tenían dispuesto marcharse esta tarde al Escorial á pasar allí tres días en completa libertad.
- CLOTILDE. ¡Sardanápalo, y decía que iba á Aranjuez!
- DON OBON. ¡Mil ametralladoras! ¿Se convence usted ahora de que es un traidor, un canalla?
- CLOTILDE. ¿Y cómo lo ha descubierto usted?...
- DON OBON. Yo debía haber marchado esta mañana á Almagro, pero me sentí algo indisputado y abandoné mi propósito. Como usted comprenderá, mi estancia aquí era un obstáculo á sus planes, supuesto que la expedición... recreativa, estaba concertada para el momento que yo saliera de Madrid.
- CLOTILDE. ¡Qué cúmulo de iniquidades!
- DON OBON. Le dije á la sirena mi resolución, y si bien es verdad que al oírla se puso triste, yo traduje que aquel cambio era efecto de la pena que sentía al verme sufrir del estómago y... confieso mi error, su tristeza me halagó. ¡Qué imbéciles somos los hombres! Buffon estudió las condiciones de todos los animales, pero lo que es á la mujer no hay demonios que la comprendan.
- CLOTILDE. ¡Caballero!...
- DON OBON. Esto no será muy fino, señora, pero es una gran verdad.—Prosigo: al ver desbaratados sus planes, mandó á la pícara de la criada con una cartita para su esposo de usted dándole aviso de lo que pasaba; ésta se negó á obedecerla, la otra indignada la despidió y la fregatriz en venganza descubrió el pastel.
- CLOTILDE. ¡Oh, le juro á usted que los dos se han de acordar de mí!

- DON OBON. Lo que es á la señora corista no necesita usted darla ningun recuerdo; ya le he propinado yo unos cuantos.. (*Ajitando el baston.*) que no se los quitará de encima lo menos en dos meses. Ahora solo me falta ver á su Adonis; y juro á Dios, que ó me dá una satisfaccion cumplida de los insultantes epitetos que ha estado lanzándome durante tanto tiempo, ó yo le hare comprender que no se falta impunemente á Don Obon Peñon de Aldabon.
- CLOTILDE. Hágame usted el favor de dejarme esas cartas.
- DON OBON. ¿Para qué?
- CLOTILDE. Para confundirle, para insultarle, para pedir el divorcio si es necesario.
- DON OBON. Creo que sin apelar á ese recurso quedara usted libre de él. (*Dándole las cartas.*) Tome usted. Voy á por mis armas y vuelvo á buscarle.
- CLOTILDE. Le suplico...
- DON OBON. Todo es inutil: una satisfaccion ó su sangre. A los piés de usted. (*Váse por el foro derecha.*)

ESCENA XII.

CLOTILDE.

(*Recorriendo la escena*); Dios mio, yo voy á volverme loca! ¡Ese es el pago que dá á mi cariño el traidor, perjuro!.. Mientras que yo me desvelo por economizar y hago hasta el sacrificio de suprimir los polvos de arroz... ¡una cosa tan indispensable!, él le compra botitas verdes á su querida. Voy á ver si entre sus papeles... (*Vá á la mesa y repara en el retrato que dejó Rafael.*) ¡Qué veol Sí, este es su retrato, (*Mirándolo por el respaldo.*) no hay duda: firmado el «Lagartijo.» (*Guardándose las cartas y el retrato.*) El cielo pone hoy en mis manos todas las pruebas de su vil proceder.

ESCENA XIII.

CLOTILDE; TRINITARIO *asomando la cabeza por la segunda puerta izquierda.*

TRINITARIO. ¿Se marchó la fiera?

CLOTILDE. *(Dándo un grito.)* ¡Ay!

TRINITARIO. *(Asustado)* ¡Qué!

CLOTILDE. *(No me acordaba ya de este hombre.)* ¿Qué hace usted ahí todavía?

TRINITARIO. *(Saliendo)* ¡Pajarillas, creí que mi hora era llegada! Cada vez que se movía me rezaba á mi mismo un responso.

CLOTILDE. ¡Qué dice usted!

TRINITARIO. ¡Ay, señora, á usted debo mi débil existencia!

CLOTILDE. Pero si ese hombre no le buscaba á usted.

TRINITARIO. ¡Pajarillas!, como me hubiera echado la vista encima, no estaría yo ahora de pie.

CLOTILDE. ¿Que motivos tiene?...

TRINITARIO. Le diré á usted: hace unas cuantas noches estaba yo parado en la plazuela del Rey esperando á un amigo; pasó ese caballero por mi lado con una señora y me dió un pisoton. Yo le diriji una mirada despreciativa y él... ¡Pajarillas! me ruborizó al pensarlo: me lloró.... ¡entel! señora, ¡entel! ¡Ay, que vergüenza! *(Cubriéndose la cara con las manos.)*

CLOTILDE. ¿Y usted?...

TRINITARIO. No me pude contener y le dije: vaya usted, acompañante de *suripantas*.

CLOTILDE. Eso es un insulto.

TRINITARIO. ¡Pajarillas, nunca se lo hubiera dicho! Me descargó un pescozon, que me hizo ir de medio lado y hecho una etc. buscando equilibrio para no caer y arrancar un adoquín con la punta de la nariz, hasta la esquina de la calle de las Torres, que de un puntapié me enderezó, exclamando: «corre, que ya te conozco, ¡reptil!; dónde quiera que te encuentre te como vivo.»

CLOTILDE. ¿Y usted no se indigno?

TRINITARIO. ¡Pajarillas, ya lo creo! Pero como me aplicó tanta fuerza impulsiva, *(Marcando el pun-*

tapié.) cuando advertí que estaba indignado me hallaba corriendo cerca de la Cibeles.

CLOTILDE. ¿Y hoy?

TRINITARIO. Le ví venir por esta calle y como yo soy tan prudente, para evitar que pudiera cumplir su feroz promesa, me metí en el primer portal que encontré al paso y tomé las escaleras como quien va hacer una visita. Llegué á la puerta de este cuarto, que sin duda algun ángel habia dejado abierta, cuando le oí subir hacia dónde yo estaba; mis nervios se revolucionaron y sin poderme dominar entré á escape en este aposento que ha sido mi puerto de salvacion.

CLOTILDE. Pues ahora que ya está usted libre, tenga la bondad de dejarme sola.

TRINITARIO. Al momento. *(Se dirige al foro y vuelve desde la puerta.)* Si alguna vez necesita usted de mí, Trinitario Caehirulo y Filipichin, peluquero de señoras, Lobo, 14, portería, daran razon.

CLOTILDE. Gracias.

TRINITARIO. ¡Qué bonita es! Lástima que sea una mujer tan... Oigo ruido. *(Asustado y volviendo desde la puerta del foro.)* ¡Pajarillas, si será él! ¡Ay!, yo no salgo, al escondite. *(Entra corriendo por la segunda puerta izquierda.)*

CLOTILDE. ¡Dios mio, si estará loco ese hombre!

ESCENA XIV.

CLOTILDE; ADELA *muy azorada por el foro derecha.*

ADELA. Buenos dias, prima.

CLOTILDE. ¿Que tienes Adela? ¡Estás muy sofocada!

ADELA. ¡Ay, Clotilde, soy muy infeliz! *(Enjugándose las lágrimas!)*

CLOTILDE. ¡Tú! ¡Virgen santal, ¿que te pasa?

ADELA. ¿Ha venido Paco?

CLOTILDE. ¿Tu marido?

ADELA. *(Indignada)* No, mi marido, no; no quiero darle semejante nombre.

CLOTILDE. ¡Ay, me asustas! ¿Qué ocurre?

ADELA. Te lo contaré; necesito desahogar mi peche. Sali esta mañana á comprar unas telas, me

encontré á Sofia Mena con su mamá y las dos se empeñaron en que fuera con ellas hasta casa de Reinaldo donde iban á recoger unos lazos para unas botas: llegamos allí y como los estaban concluyendo, la mamá de Sofia determinó que nos esperásemos un poco y nos sentamos. Junto á nosotras habia dos caballeros y una señora, que se marchó á los pocos momentos, y así que traspasó el dintel, entablaron los caballeros el siguiente diálogo.—¿Conoces á esa?—¿No es una corista del Circo?—La querida de Paco Ruiz (¡Tambien él!)

ADELA. ¡Ah! .. ¿Esa es Hortensia, la que él llama su Frascuelo?—La misma.—¡Já! ¡ja! ¡ja! ¡ja! Anda, que bien le está desplumando.

COLTILDE. ¡Ay, que hombre!

ADELA. No sé lo que pasó por mí en aquel momento. Salí como una loca sin despedirme de nadie y me fui á casa á buscarle. Desesperada, viendo que no estaba, le registré todos sus papeles, le descerrajé los cajones de la mesa y mira lo que encontré (*Sacando un paquete de cartas y un retrato.*) Un paquete de cartas y este retrato de mujer vestida de torero, respaldado con una amorosa dedicatoria y firmada, «tu Frascuelo.»

CLOTILDE. Todo lo comprendo. Esa es la compañera de la que me ha robado mi tranquilidad.

ADELA. ¡A tí!

CLOTILDE. (*Sacando las cartas y el retrato.*) Mira, otra mujer en traje de torero, otra dedicatoria, otras cartas.

ADELA. (*Mirando una.*) ¡Infames! ¿Y cómo has sabido?.....

CLOTILDE. Hace poco ha estado aquí su esposo, su amante ó.....no sé lo que es, y me lo ha descubierto todo. El viaje que tenian que hacer hoy á Aranjuez era una mentira; donde iban era al Escorial con esas dos mujeres.

ADELA. ¡Oh! Yo no vuelvo mas á mi casa; no quiero saber nada de él.

CLOTILDE. Ni yo.

ADELA. ¡Tunante! Despues que no hago más que sacrificarme por darle gusto...—Voy por la calle y veo que mira á una rubia, y al dia si-

guiente me pongo el pelo como el del leon del Retiro; noto que repara en otra que vá empolvada y en seguida me pongo la cara como un tahonero... ¡Oh! ¿Y para esto se casa una? (*Paseándose indignada.*)

CLOTILDE. (*Lo mismo.*) ¡Para esto se hacen revoluciones!

ADELA. (*Muy viva la escena.*) ¿No ha de haber justicia para nosotras?

CLOTILDE. ¡Para cuando son las ametralladoras!

ADELA. Dónde están los hulanos!

CLOTILDE. ¡En qué piensa la fiebre amarilla que no se lleva á todos los maridos! (*Se sienta junto al velador.*)

ADELA. ¡Que hace el Gobierno que no suprime á todos los hombres! (*Se sienta junto á la mesa. Páusa.*)

CLOTILDE. (*Levantándose.*) Yo voy á meter dos ó tres vestidos en un cofre y me marchó á casa de nuestra tia.

ADELA. (*Lo mismo.*) Y yo contigo.

CLOTILDE. (*Llamando.*) ¿Toribio! — Ellos probablemente volverán juntos, veremos lo que nos dicen respecto al viaje (*Llamando con impaciencia.*) ¿Toribio!

ESCENA XV.

DICHOS y TORIBIO por el foro derecha.

TORIBIO. Ya estoy aquí.

CLOTILDE. Venga usted con nosotras.

ADELA. Yo si le veo no respondo de tener calma.

CLOTILDE. Vamos, vamos. Toribio nos ayudará á atar el baul; venga usted

TORIBIO. Voy como una centella. (*Váanse los tres por la puerta derecha; Toribio muy despacio.*)

ESCENA XVI.

TRINITARIO saliendo con gran precaucion.

¡Pajarillas, si por fin podré salir de esta casa! ¡Ay, qué dial.. Solo falta que ahora

me encuentre en la calle á ese vampiro y le dé la humorada de renovar las caricias de la otra noche; entonces me luzco. La fortuna mia es que tengo unos nervios tan recelosos, que, en cuanto advierten el más leve peligro me hacen correr con más velocidad que una locomotora á todo vapor. Pero ¡ay! A pesar de mi ligereza, no he podido evitar muchas veces que algun inicuo me descargára un garrotazo. ¡Jesús, como está la sociedad! Los seres débiles no podemos vivir. — ¡Pajarillas, oigo ruido! (Va á la puerta del foro.) Vienen hacia aquí. Trinitario, ocúltate. (Váse corriendo por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA XVII.

RAFAEL y PACO, por el foro derecha.

- RAFAEL. Valiente chasco. (Deja el sombrero sobre el velador.)
- PACO. No se puede pedir más. (Deja el suyo sobre la mesa.)
- RAFAEL. Hemos sacado lo que el negro del sermón.
- PACO. ¡Malditas mujeres!
- RAFAEL. Nuestro gozo en un pozo.
- PACO. En cuestion que dancen faldas siempre ha de haber contratiempos.
- RAFAEL. La criada dice que no han traído ninguna carta...
- PACO. Y nosotros sin haber podido averiguar nada.
- RAFAEL. ¿Y qué hacemos?
- PACO. Chico, no lo sé.
- RAFAEL. ¿Que vamos á decirles á aquellas?
- PACO. Ahí está el busilis.
- RAFAEL. Pues es preciso inventar algo.
- PACO. Si les decimos que nos vemos en la precision de demorar nuestro viaje por cualquier incidente, y se pasan días y más días, y nos sucede lo que hoy, es muy natural que nos pregunten en qué estado están los negocios de que tanto les hemos hablado, mucho más, habiéndo tenido tú la fatal

- idea de decirle á tu mujer que íbamos á comprar dos magníficas quintas para hacerlas un regalo.
- RAFAEL. En aquel momento hubiera yo dicho que íbamos... hasta por las pirámides de Egipto.
- PACO. Y aunque la hemos encargado que no le diga una palabra á mi costilla, en cuanto se vean...
- RAFAEL. Si, ya sé que confiarle un secreto á una hija de Eva, es lo mismo que guardar agua en una cesta.
- PACO. Cierto. Vaya, hasta luego, Rafael. Yo voy ahora á almorzar; si hay alguna novedad, me mandas un recado con Toribio.
- RAFAEL. Quédate y almorzaremos juntos.
- PACO. No, que me estará esperando Adela...
- RAFAEL. Cómo quieras.

ESCENA XVIII.

- DICHOS: ADELA y CLOTILDE *por la puerta derecha.*
- ADELA. (*Aparte á Clotilde.*) Ellos son.
- CLOTILDE. (*Aparte á Adela.*) Calma y hagamos lo que te he dicho. (*Alto.*) Señores!
- RAFAEL. ¡Oh! Están aquí nuestras princesas.
- PACO. ¡Que felicidad, nuestros dos soles!
- CLOTILDE. ¡Qué galantes!
- ADELA. (*A Clotilde con intención.*) ¡Son muy finos!
- PACO. (*Abrazando á Adela.*) ¡Cómo no serlo contigo!
- RAFAEL. (*Ídem á Clotilde.*) Todo es poco para un ángel como tú.
- ADELA. (*Reprimiéndose.*) (¡Pillo!) ¡P!
- CLOTILDE. (*Lo mismo.*) (¡Bribon!) ¡B!
- RAFAEL. Adelita, me alegro que hayas venido.
- ADELA. ¿Si, por qué?
- RAFAEL. Le había invitado á este para que nos acompañase á almorzar y no ha querido.
- PACO. (*A Adela.*) Porque no me estuvieras esperando.
- ADELA. (*Con ironía.*) ¡Oh, es una dicha tener un esposo tan bueno, tan amable, tan!...
- CLOTILDE. (*Idem.*) Podemos decir con orgullo que hemos encontrado nuestra media naranja.

- RAFAEL. Conque almorzaremos los cuatro juntos, ¿eh?
ADELA. Per mí...
PACO. Como quieras.
RAFAEL. Cuando está de Dios que ha de suceder una cosa, no hay remedio, se estrellan todos los inconvenientes.
CLOTILDE. *(Con intencion.)* Eso digo yo.
ADELA. *(Lo mismo.)* Estás hablando como un Salomón.
CLOTILDE. *(Fingiendo sentimiento.)* Además.... será un almuerzo de despedida.
PACO. ¿Eh?
RAFAEL. ¡Qué!
ADELA. Como nos dejais esta tarde....
PACO. ¡Agua va!
RAFAEL. ¡Atiza, ya pareció aquello.)
PACO. Te diré.
CLOTILDE. ¿Habeis encontrado alguna dificultad en aquellas... escrituras que teniais que revisar?
PACO. Pero...
CLOTILDE. Es inútil el fingimiento porque lo sabe todo.
ADELA. *(Con marcada intencion.)* Esa es justamente la palabra; lo sé todo.
RAFAEL. Pero mujer, no te hemos encargado....
PACO. ¿No te lo decia yo?
CLOTILDE. Conque dime....
ADELA. Sí, sacadnos de dudas.
RAFAEL. Pues.... todavía no las hemos podido ver y eso que desde que salimos de aquí no hemos parado un momento.
PACO. Sí, toda la mañana estamos corriendo.
ADELA. ¡Pobrecillos!
CLOTILDE. ¡Jesús, lo que habrán corrido!
PACO. Yo te aseguro que he sudado.
RAFAEL. Y yo estoy hecho una sepa.
CLOTILDE. *(No puedo más.)* ¡Pérfido, así te diera una pulmonía. *(Hasta el final de la escena con muchísima animacion.)*
ADELA. ¡Tunante, ojalá te atacara el tífus!
RAFAEL. ¡Cómo!
PACO. ¡Qué!
CLOTILDE. ¿Pensabas que no se habian de descubrir tus maldades?
ADELA. ¿Creías que no se había de averiguar tu conducta?
CLOTILDE. ¡Eres tú el que detestaba ir a los Bufos!

- RAFAEL. ¡Jesucristo!
- ADELA. ¡Conque regales botas á tu querida!
- PACO. ¡Estalló la bomba!
- CLOTILDE. Contesta.
- ADELA. Di.
- RAFAEL. Eso es falso.
- PACO. Eso es mentira.
- CLOTILDE. ¡Oh! que infamia! (*Sacando las cartas y el retrato.*) Mira, mira, atrévete á negarlo, ¡Maquiavelo!
- RAFAEL. ¡Santa Bárbara, que tempestad!
- ADELA. (*Sacando las cartas y el retrato.*) ¿Conoces estas cartas? Estas cartas en donde te llaman chacho mio y pichon, ¿las conoces? ¡Sardaná! ¡alo!
- PACO. (*Yo voy á pegarme un tiro.*)
- ADELA. Niega ahora.
- CLOTILDE. Cartas cantan.
- RAFAEL. Tú estás loca.
- PACO. Yo no conozco esos papelotos.
- ADELA. Y á este torero con pendientes, ¿lo conoces? (*Mostrándole el retrato.*)
- PACO. ¡Ay, á mi me vá á dar algo.)
- CLOTILDE. (*Presentándole el retrato.*) ¿Y esta ninfa disfrazada, sabes quien es?
- RAFAEL. ¡Esto más!
- CLOTILDE. Sí, esto más. ¿Conque esta es la señora de tus pensamientos, la que te dedica *verónicas*, la que comparte su... fiel cariño entre el caballero á quien llamas mastodonte, y tú?
- RAFAEL. (*Gritando.*) ¡Basta, basta!
- ADELA. ¡Vete, perjuro! Todo ha concluido entre los dos.
- CLOTILDE. Dentro de poco vendrá Don Obon y te ajustará las cuentas.
- RAFAEL. ¡Dios mio, que laberinto!
- ADELA. Y desde este momento soy libre.
- CLOTILDE. Y yo tambien.
- PACO. Pero escucha.
- ADELA. Ya no soy tu mujer.
- CLOTILDE. Tú no eres mi marido.
- RAFAEL. ¡Santo Dios!
- PACO. ¡Cómo que no!
- ADELA. No, no y no.
- RAFAEL. ¡Pero qué dices!
- CLOTILDE. Lo he dicho y lo repito. Ya que no estoy casada más que por la iglesia, no quiero vi-

- vir con un libertino; me emancipo. Ahora aplaudo el matrimonio civil.
- ADELA. Y yo lo mismo; ya que puedo descasarme, me aprovecho de la ocasion; desde este momento quedo libre, ningun lazo civil nos une.
- RAFAEL. ¡Han perdido la cabeza!
- PACO. ¡Esto no se puede sufrir!
- CLOTILDE. ¡Cónque mientras yo me estaba en casa hecha una esclava, tú pasabas las horas haciendo el Don Juan Tenorio!
- ADELA. ¿Esos eran los negocios que tanto te preocupaban?
- CLOTILDE. ¡Infame, malvado!
- ADELA. ¡Bribon, tunante!
- CLOTILDE. ¡Internacional!
- ADELA. ¡Herege!
- CLOTILDE. ¡Petroleador!
- ADELA. ¡Porrista!
- PACO. Yo voy á arrojar me por el balcon.
- RAFAEL. Callad, callad por San Márcos.
- CLOTILDE. Cónque tienes un Lagartijo ¿eh?
- ADELA. ¡Conque te has buscado un Frascuelo!
- CLOTILDE. *(Sacando á Trinitario.)* Salga usted. Pues mira; yo tengo un Regatero.
- ADELA. *(Cojiendo el sombrero de Paco y poniéndosele á Toribio que sale por la puerta derecha.)* Venga usted, caballero; usted será mi tato. *(Sale Don Obon por el foro derecha. Trinitario se desprende del brazo de Clotilde y se oculta detrás de la butaca que está junto al velador.)*
- DON OBON. *(Sacando dos sables debajo del gaban.)* Ya estoy aquí.
- PACO. ¡Cielos!
- TRINITARIO. ¡Pajarillas!
- RAFAEL. *(Consumatum est.)* Pausa.

ESCENA XIX.

DICHOS y DON OBON.

- DON OBON. *(A Rafael.)* Me alegro encontrarle.
- CLOTILDE. *(Empujando á Rafael hácia Don Obon.)* Mátale usted.
- TORIBIO. ¡Caracoles!
- CLOTILDE. *(Asustada y ocultando á Rafael.)* ¡Ay! No no

- PACO. (En qué parará esto.)
TRINITARIO. (Ya huelo á difunto.)
DON OBON. ¿Me conoce usted?
RAFAEL. Sí señor.
DON OBON. Pues si sabe quien soy, escuso decirle el asunto que me trae.
RAFAEL. Caballero...
DON OBON. Son inútiles las excusas porque lo sé todo. O me dá usted ahora misino una satisfaccion completa de todos los insultos que me ha inferido en las cartas que le dirijia á la traidora Felisa, ó juro á Dios...
TRINITARIO. ¡Ay!!
ADELA. ¡Dios mio!
CLOTILDE. (Yo tiemblo.)
RAFAEL. Señor Don Obon, conozco que le he faltado á usted, pero harto castigado estoy.
DON OBON. Luego conviene....
RAFAEL. Sí señor; por consiguiente le pido mil perdones delante de todo el mundo, hasta delante de mi criado.
TORIBIO. (Con orgullo.) Oiga usted, yo no soy su criado, soy el Tato.
ADELA. Silencio.
TORIBIO. Volando.
DON OBON. Siendo así....
TRINITARIO. (¡Me tiemblan los huesos!)
CLOTILDE. (Suplicando.) Señor Don Obon....
DON OBON. Una vez que mi honor queda bien sentado, he concluido mi mision. En cuanto á su Lagartijo puede usted hacer de ella lo que guste porque para mi ha terminado; además, no creo que estará para fiestas en unas cuantas semanas.
TRINITARIO. (¡Pajarillas, que tiol!)
DON OBON. Dios guarde á ustedes. (Váse por el foro derecha.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos DON OBON.

- PACO. (Ha concluido mejor que yo creia.)
ADELA. (A Paco.) ¿Ves á lo que es exponéis?

- CLOTILDE. (*A Rafael.*) Hé alí el fruto de tu conducta.
- TRINITARIO. (*Bajando de puntillas desde el foro, dónde habrá ido siguiendo á Don Obon.*) ¡Gracias á Dios que se fué! Ya me creía en cazuela.
- RAFAEL. ¿Quién es este hombre?
- TRINITARIO. ¡Ay! (*Retrocediendo.*)
- CLOTILDE. Un infeliz que huyendo del mismo que acaba de salir, se refugió aquí. Despues te lo explicaré todo.
- PACO. (*A Adela, arrodillándose.*) Vamos, perdóname.
- RAFAEL. (*A Clotilde, ídem.*) Sí, que haya una amnistía general.
- ADELA. ¿Volverás á engañarme?
- PACO. Nunca.
- CLOTILDE. ¿Me prometes en lo sucesivo ser fiel?
- RAFAEL. Como un mastin; te lo juro.
- CLOTILDE. Entonces levanta; ven á mis brazos.
- ADELA. Y tú á los míos. (*Se abrazan los cuatro.*)
- TRINITARIO. (*Tapándose la cara con la mano.*) ¡Pajari-llas, yo no puedo ver estas cosas! (*Se vá por el foro derecha.*)
- TORIBIO. (*A Adela.*) Diga usted; ¿yo ya no soy Tato?
- ADELA. No.
- TORIBIO. Entónces me corto la coleta (*Quitándose el sombrero y dejándolo encima de la mesa.*) y de-jo los trastos. (*Váse por el foro derecha.*)
- RAFAEL. Ahora vamos á almorzar y en la mesa se acabarán de firmar las paces.
- PACO. Con todas las condiciones que ellas quie-
ran. (*Se dirigen al foro.*)
- CLOTILDE. Esperad un poco. (*Adelantándose al público.*)
Aunque con algun temor,
llego humilde á tu presencia
á pedirte por favor,
que nos muestres tu indulgencia
y que aplaudas al autor.

*P. y
Belon*

FIN.

PUNTOS DE VENTA

EN MADRID

En la tienda de los señores Plaz de la Leña, a las 10 de la mañana.
En la tienda de los señores Calle de la Leña, a las 10 de la mañana.
En la tienda de los señores Calle de la Leña, a las 10 de la mañana.
En la tienda de los señores Calle de la Leña, a las 10 de la mañana.
En la tienda de los señores Calle de la Leña, a las 10 de la mañana.

EN PROVINCIAS

En las casas de los señores comisionados de las provincias.
En las casas de los señores comisionados de las provincias.
En las casas de los señores comisionados de las provincias.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS, Plaza de la Leña, 9, principal, librerías de la viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas; de D. Leocadio Lopez, calle del Cármen; de los Sres. Medina y Navarro, calle del Arsenal; de Durán, Carrera de San Gerónimo, y de los Hijos de Fé, calle de Jacometrezo, núm. 44.

EN PROVINCIAS.

En las casas de los señores comisionados del CENTRO DIRECTIVO DE TEATROS, y en las principales librerías.